

tú, que trepabas por los picos del Dofrefield, como trepa la ardilla por el roble. Ahí estás mudo, tú, que en pié sobre las tempestuosas cumbres de Kongsberg cantabas con voz más robusta que la del trueno. Oh, Gill! en vano he cegado por tí las minas de Fa-roër; en vano he incendiado la catedral de Drontheim; todo ha sido inútil; ya no perpetuaré en tí la raza de los hijos de Islandia, la descendencia de Ingolfo el Exterminador; tú no heredarás mi hacha de piedra; antes por el contrario, tú me legas tu cráneo para que beba de hoy en adelante el agua de los mares y la sangre de los hombres.

Cuando concluyó de hablar, cogiendo la cabeza del cadáver, dijo:

—Ayúdame, Spiagudry, y quitándose los guantes descubrió sus grandes manos, armadas de uñas largas y encorvadas, como las de una bestia salvaje.

Spiagudry, que le vió prepararse á hacer saltar con su sable el cráneo del cadáver, exclamó con acento de horror, que no fué dueño de reprimir:

—Justo Dios!... Señor!... un muerto!...

—Y qué! repuso sereno su interlocutor; ¿prefieres que esta hoja se temple aquí con la sangre de un vivo?

—Oh! permitidme que os suplique... ¿cómo quiere vuestra excelencia profanar...? vuestra gracia no querrá...

—Acabará! ¿tengo necesidad de que invoques esos títulos para creer en el profundo respeto que te inspira mi sable?

—¡Por San Waldemaro, por San Usofo, por el bienaventurado San Hospicio, paz á los muertos!...

—Ayúdame y al demonio no le hables de santos.

—Señor, dijo el suplicante Spiagudry, por vuestro ilustre abuelo San Ingolfo!...

—Ingolfo el Exterminador era un réprobo como yo.

—En nombre del cielo, añadió arrodillándose el conserje, ese anatema es el que quiero evitaros.

—Ayúdame, repitió blandiendo el sable.

Esta palabra fué pronunciada con el acento con que la pronunciaría un león, si los leones hablaran.

El conserje, aterrado y medio muerto, se sentó sobre la piedra negra y sostuvo con sus manos la cabeza fría y húmeda de Gill, mientras que el salvaje, con la ayuda de su sable y de su puñal, arrancaba el cráneo con singular destreza.

Terminada esta operacion, contempló largo rato el sangriento cráneo, pronun-

ciando palabras extranjeras; despues se lo entregó á Spiagudry para que lo despojase del pelo y lo lavase, y exclamó, lanzando una especie de bramido:

—Y yo no tendré al morir el consuelo de creer que un heredero del alma de Ingolfo beberá en mi cráneo la sangre de los hombres y el agua de los mares.

Despues de sombrío silencio continuó:

—El huracán sigue al huracán, la avalancha arrastra á la avalancha; yo, yo seré el último de mi raza. ¿Por qué no ha aborrecido Gill, como yo, á todo lo que lleva rostro humano? ¿qué demonio enemigo del demonio de Ingolfo le arrastró á aquellas fatales minas por buscar un poco de oro?

Spiagudry le trajo el cráneo de Gill y le contestó:

—Tiene razon su excelencia: hasta el oro, dice Snorro Sturleson, cuesta á veces demasiado caro.

—Tú me recuerdas, dijo el salvaje, que queria encargarte una comision. Toma esta caja de hierro, que encontré en los bolsillos de ese capitán, de quien no tienes todos los despojos; está tan sólidamente cerrada, que debe contener oro, única cosa preciosa á los ojos de los hombres: se la entregarás á la viuda de Stadt, en la aldea de Thoctree, para pagarla su hijo.

Sacó, esto diciendo, de su morral de piel de rengífero un cofrecillo de hierro. Spiagudry le recibió inclinándose.

—Cumple fielmente esta orden, le añadió el descendiente de Ingolfo el Exterminador, lanzándole una mirada penetrante; piensa que nada puede impedir que dos demonios vuelvan á verse; te creo más cobarde que avaro, y tú me respondes de ese cofrecillo.

—Os respondo de él, señor.

Resonó en este instante un golpe violento en la puerta del Spladgest. Admiróse el salvaje, tembló Spiagudry y cubrió con la mano la luz de la lámpara.

—Qué es eso? exclamó su interlocutor; ¡y tú, miserable, cómo temblarás cuando oigas la trompeta del juicio final!

Se oyó otro golpe más fuerte que el primero.

—Será algun muerto que tiene prisa de entrar.

—No, señor, murmuró Spiagudry; no se permite entrar á los muertos despues de las doce de la noche.

—Muerto ó vivo el que llama me echa de aquí. Sé fiel y mudo, Spiagudry, que yo te juro por el alma de Ingolfo y por el cráneo de Gill que pasarás revista en

tu posada de cadáveres á todo el regimiento de Munckholm.

Y entonces el salvaje, atando á su cinto el cráneo de Gill y poniéndose los guantes, se lanzó, con la agilidad de la gamuza y ayudado por los hombros de Spiagudry, por la ventana superior del techo, por la que desapareció.

Un tercer golpe hizo temblar la puerta del Spladgest, y una voz desde fuera mandó abrir en nombre del rey y del virey.

Entonces el viejo conserje, agitado á la vez por dos terrores diferentes, de los que uno pudiera llamarse de *recuerdo* y otro de *esperanza*, se encaminó á la puerta y la abrió.

VII.

La alegría, á que se reduce la felicidad temporal, se fatigó ella en perseguirla por ásperos y dolorosos senderos, sin haberla podido alcanzar nunca. (SAN AGUSTIN.)

Regresando á su gabinete despues que dejó á Poel, el gobernador de Drontheim se repantigó en una ancha poltrona, y por distraerse mandó á uno de sus secretarios que le diese cuenta de los memoriales presentados al gobierno.

El secretario leyó los que se expresan á continuacion:

"1.º El reverendo doctor Anglyvins pide que se proceda al reemplazo del reverendo doctor Foxtipp, director de la Biblioteca episcopal, por causa de incapacidad. El exponente ignora quién pueda reemplazar á dicho doctor incapaz; hace saber únicamente que él, el doctor Anglyvins, ha ejercido mucho tiempo las funciones de bibliotecario."

—Que lo examine el Obispo, interrumpió diciendo el general.

"2.º Atanasio Munder, sacerdote, capellan de las cárceles, pide el perdon de doce condenados penitentes, con motivo de las gloriosas bodas de su cortesía Ordenador Guldenlew, baron de Thorvick, caballero de Dannebrog, hijo del virey, con la noble dama Ulrica de Ahlefeld, hija de su gracia el conde gran canceller de los dos reinos."

"3.º Fausto-Prudencio-Destrombides, súbdito noruego, poeta latino, desea componer el epitalamio de dichos nobles esposos."

—Ah! ese pobre diablo debe ser ya viejo, porque es el mismo que en 1674 preparó un epitalamio para el casamiento proyectado entre Schumacker, entonces conde de Griffenfeld, y la princesa Luisa

Carlota de Holstein-Augustembourg, matrimonio que no se verificó.—Temo, dijo entre dientes el general, que Fausto-Prudencio sea el poeta de los matrimonios desbaratados.

—Adelante... Nos informaremos con motivo de ese poeta si hay alguna cama vacante en el hospital de Drontheim.

"4.º Los mineros de Guldbranshal, de las islas Fa-roër, del Sund-Doer, de Unbfallo, de Røraas y de Kongsberg, piden que se les exima de la carga de la tutela real."

—Esos mineros son gente turbulenta, y hasta se dice que empiezan ya á murmurar del largo silencio que se ha guardado sobre su representacion. Reservadla para estudiarla con detenido exámen.

"5.º Braal, pescador, declara en virtud del Odelsrecht (1) que persevera en la intencion de rescatar su patrimonio."

"6.º Los síndicos de Nøes, Løerig, Indal, Skongen, Stod, Sparbo y otros lugares y aldeas del Drontheimnus septentrional piden que se ofrezca un premio por la cabeza del bandido, asesino é incendiario Han, natural, segun se cree, de Klipstadur, en Islandia.—Se opone á esta peticion Nicol Orugix, verdugo del Drontheimnus, que sostiene que el susodicho Han le pertenece.—La apoya Benigno Spiagudry, conserje del Spladgest, á cuyas manos debe parar el cadáver."

—Ese bandido es muy peligroso, dijo el gobernador, sobre todo cuando se temen disturbios entre los mineros. Que se pregone su cabeza por el precio de mil escudos reales.

"7.º Benigno Spiagudry, médico, anticuario, escultor, mineralogista, mecánico, físico, astrónomo, teólogo, gramático..."

—Es ese el conserje del Spladgest? preguntó el gobernador.

—El mismo, excelencia, respondió el secretario—"conserje por nombramiento de su majestad del establecimiento del Spladgest, en la ciudad de Drontheim, expone—que él ha descubierto que á las estrellas llamadas fijas no las alumbraba el astro llamado sol; item, que el verdadero nombre de Odin es Frigge, hijo de Fridulfo; item, que el lombrico marino se alimenta de arena; item, que el rumor

(1) *Odelsrecht*, ley singular que establecia entre los villanos noruegos una especie de *mayorazgo*. Todo el que tenia precision de deshacerse de su patrimonio podia impedir que el comprador lo enajenara, declarando de diez en diez años á la autoridad que tenia intencion de rescatarlo.

de la gente aleja á los peces de las costas de la Noruega, de modo que los medios de subsistencia disminuyen en proporcion del aumento de poblacion; ítem, que el golfo llamado Otte-Sund se llamaba antiguamente *Limfiord* y tomó el nombre de Otte-Sund cuando Otton el Rojo arrojó en él su lanza; ítem, expone que por su consejo y bajo su direccion se ha hecho de una estatua vieja de Freya la estatua de la Justicia que adorna la gran plaza de Drontheim; y que se ha convertido en diablo, representando al crimen, el leon que se encontró bajo los pies del ídolo; ítem...

—Dejad aparte sus eminentes servicios y veamos lo que pide.

Volvió muchas hojas el secretario y prosiguió leyendo:

—“El humildísimo expone que, en recompensa á tantos trabajos útiles á las ciencias y á las bellas letras, cree poder suplicar á su excelencia que aumente la tarifa de cada cadáver de hombre y de mujer en diez ascalinos, lo que debe ser agradable á los muertos, porque así se les testimonia el aprecio que se hace de sus personalidades.”

Al llegar aquí se abrió la puerta del gabinete y un ujier anunció en alta voz á la noble condesa de *Ahlefeld*.

Al mismo tiempo una dama alta y gruesa entró. Llevaba en la cabeza una pequeña corona de condesa, iba ricamente vestida de raso escarlata, orlado de armiño y de rapacejos de oro. Aceptando la mano que el general la ofreció, sentóse en un sillón inmediato al del gobernador.

La condesa podría tener cincuenta años. La edad no tuvo que añadir, por decirlo así, ninguna arruga á las muchas con que hacia ya tiempo habian surcado su rostro, más que los años, los sinsabores del orgullo y los desvelos de la ambicion. Fijando en el gobernador su mirada altanera y su falsa sonrisa, le dijo:

—Parece, señor general, que vuestro discípulo se hace esperar. Debía estar aquí antes de la puesta del sol.

—Ya estaria aquí, señora condesa, si no hubiera ido á *Munckholm*.

—A *Munckholm*! Supongo que no habrá ido á buscar á *Schumacker*.

—Por qué no, condesa? *Schumacker* es un desgraciado.

—¡Pero, general, el hijo del virey está en relaciones con un prisionero de Estado!

—Federico *Guldenlew*, al encargarme de su hijo, me suplicó, noble dama, que le educase como si fuese mi hijo. Creí

que el trato de *Schumacker* seria útil á *Ordener*, que está destinado á ser poderoso, como él lo fué un dia; por lo que, con autorizacion del virey, pedí á mi hermano *Grummond* de *Kund* un derecho de entrada para todas las prisiones, y se lo entregué á *Ordener*. El lo usa.

—¿Y desde cuándo, noble general, hizo el baron *Ordener* conocimiento tan útil?

—Hace más de un año; parece que le complace el trato de *Schumacker*, pues le fijó mucho tiempo en *Drontheim*; y solo por orden mia expresa, y contra su voluntad, marchó el año último á visitar la Noruega.

—¿Y sabe *Schumacker* que su consolador es el hijo de uno de sus mayores enemigos?

—Sabe que *Ordener* es amigo suyo y eso le basta.

—Pero vos, señor general, ¿sabiais, al tolerar, al procurar esas relaciones, que *Schumacker* tenia una hija?

—Lo sabia.

—¿Y esta circunstancia os ha parecido indiferente para el baron *Ordener*?

—El discípulo de *Levin* de *Kund*, el hijo de *Federico Guldenlew*, es un hombre leal: conoce la barrera que le separa de la hija de *Schumacker*, y es incapaz de seducir, sin objeto legítimo, á una joven, y sobre todo á la hija de un hombre desgraciado.

La noble condesa de *Ahlefeld* palideció y volvió la cabeza, procurando esquivar la mirada serena del anciano, cual si fuera la de un acusador.

—En fin, balbuceó la dama, esa amistad, permitidme que os lo diga, me parece imprudente. Se asegura que los mineros de las aldeas del Norte amenazan rebelarse, y que el nombre de *Schumacker* está comprometido en este asunto.

—Me asombra lo que me decís. *Schumacker* hasta hoy ha soportado tranquilamente su infortunio... Ese rumor debe ser infundado.

En este instante se abrió la puerta y un ujier anunció que un mensajero de su gracia el gran canceller deseaba hablar á la condesa. Esta se levantó precipitadamente, saludó al gobernador, y, mientras éste continuaba el examen de los memoriales, ella volvió de prisa á sus habitaciones, situadas en un ala del palacio, y dió orden de que introdujesen al mensajero.

Estaba ya algunos momentos sentada en un rico sofá en medio de sus doncellas, cuando entró el mensajero. Al apercibirle, la condesa hizo un movimiento de

repugnancia, que ocultó con una afectuosa sonrisa. No parecia repugnante, sin embargo, á primera vista el aspecto del recién llegado; era un hombre más pequeño que alto y bastante grueso. Sin embargo, examinándole con atencion, su rostro parecia tan franco que rayaba en impudente y la alegría de su mirada tenia algo de diabólico y de siniestro. Se inclinó profundamente ante la condesa y la presentó un paquete cerrado con hilos de seda.

—Noble dama, la dijo, permitidme depositar á vuestras plantas este precioso mensaje de su gracia vuestro ilustre esposo, mi venerado señor.

—¿No viene él y cómo os comisiona para este envío? preguntó la condesa.

—Importantes quehaceres difieren la llegada de su gracia, como vereis por esa carta; en cuanto á mí, debo, por orden expresa de mi noble señor, disfrutar del insigne honor de una conferencia particular con vos.

Palideció la condesa y dijo con voz trémula:

—¡Una conferencia secreta con vos, *Musdæmon*!

—Si eso pudiese afligir en lo más mínimo á mi noble señora, desesperaria á este su indigno servidor.

—No... no me aflige, respondió la condesa, esforzándose por sonreír; ¿pero es indispensable esa conferencia?

—Absolutamente necesaria. La carta que acabo de entregar á la noble condesa lo expresa así terminantemente.

Contrastaba singularmente ver temblar y palidecer á la altiva condesa de *Ahlefeld* ante un servidor que la rendia tan profundo acatamiento. Abrió lentamente la carta y leyó el contenido. Después de leerla por segunda vez, dijo á sus doncellas:

—Dejadnos solos!

—Dígnese la noble señora, dijo el mensajero hincando una rodilla en tierra, perdonarme la libertad que me atreví á tomarme y el disgusto que pueda causar á vuestra gracia.

—Creed, por el contrario, repuso la condesa con forzada sonrisa, que recibo placer en conversar con vos.

Las doncellas se retiraron.

—¿Conque has olvidado ya, *Elfega*, que hubo un tiempo en que nuestras entrevistas á solas no te repugnaban?

Así hablaba el mensajero á la noble condesa, é iban estas palabras acompañadas de una risa semejante á la que deberá hacer el diablo en el momento de

cumplirse un plazo y de apoderarse del alma que se le entregó.

La poderosa señora bajó la cabeza humillada.

—Ojalá las hubiera olvidado!

—Pobre loca! ¿por qué te avergüenzas de lo que ningun ojo humano ha visto?

—Lo que no ven los hombres lo vé Dios.

—Débil mujer! eres indigna de haber engañado á tu marido, porque él es menos crédulo que tú.

—Sois poco generoso, *Musdæmon*. Mis remordimientos...

—Pues si tienes remordimientos, *Elfega*, ¿por qué los aumentas todos los dias con nuevos crímenes?

La condesa ocultó la cabeza entre las manos; el mensajero prosiguió:

—Es preciso elegir: ó el remordimiento y basta de crímenes, ó el crimen y más remordimientos. Haz como yo, elige lo segundo, es lo mejor... lo más alegre al menos.

—Quiera Dios, dijo en voz baja la condesa, que no os castiguen esas crueles palabras en la eternidad.

—Vamos, hija mia, basta de bromas.

Esto dijo *Musdæmon* sentándose junto á la condesa y pasándola el brazo alrededor del cuello.—*Elfega*, haz por ser, en espíritu al menos, lo que eras hace veinte años.

La desgraciada condesa, esclava de su cómplice, procuró corresponder á sus repugnantes caricias. Habia en aquellos abrazos adúlteros de dos seres que se desprecian y se aborrecen mutuamente algo escandaloso, hasta para aquellas almas degradadas.

Los ilegítimos placeres que causaron su alegría, y que no sé qué horrible convenio les obligaba á prodigarse aun, constituian su martirio. Extraño y justo castigo de afecciones culpables. Su crimen era su suplicio.

La condesa, para abreviar su tormento, preguntó á su odioso amante, arrancándose de sus brazos, de qué mensaje verbal le habia encargado su esposo.

—*Ahlefeld*, dijo *Musdæmon*, al ver robustecerse su poder por medio del casamiento de *Ordener Guldenlew* con nuestra hija...

—Nuestra hija! gritó la altiva condesa; y su mirada, fija en *Musdæmon*, adquirió la expresion del orgullo y del desdén.

—Creo, respondió el imperturbable mensajero, que tanto es mia *Ulrica* como de tu esposo. Pero dicho casamiento no satisface por completo á *Ahlefeld* si no

logramos destruir á Schumacker. Desde el fondo de su prision ese antiguo privado es casi tan temible como en palacio; tiene en la corte amigos oscuros, pero poderosos, tal vez porque son oscuros, y el rey, al saber hace un mes que las negociaciones del gran canciller con el duque de Holstein-Plæn no iban adelante, exclamó con impaciencia:—"Griffenfeld solosabía más que todos ellos juntos". Un intrigante llamado Dispolsen, llegado de Munckholm á Copenhague, obtuvo de él muchas audiencias secretas, despues de las que el rey pidió á la cancellería, donde están depositados, los títulos de nobleza y de las propiedades de Schumacker. Se ignora á qué aspira éste; pero desear la libertad un prisionero de Estado es desear el poder.—Es preciso, pues, que muera, y que muera judicialmente; y á forjarle un crimen se dirigen nuestros trabajos.—Tu esposo, bajo el pretexto de inspeccionar de incógnito las provincias del Norte, vá á asegurarse por sí mismo del resultado que han producido nuestros manejos entre los mineros, á los que queremos conducir, por medio de Schumacker, á una insurreccion, que luego nos será fácil sofocar. Lo que nos tiene inquietos es la pérdida de documentos importantes relativos á ese plan y que creemos que están en poder de Dispolsen. Sabiendo, pues, que él habia salido de Copenhague para regresar á Munckholm, llevando á Schumacker sus pergaminos y sus diplomas y quizás los documentos que nos pueden perder, ó por lo menos comprometerlos, apostamos en las gargantas del Kole á algunos de nuestros partidarios fieles, encargados de darle pasaporte para el otro mundo, despues de despojarle de sus papeles. Pero si, como se asegura, Dispolsen vino de Berghen por mar, nuestros trabajos en esta parte han sido inútiles. Sin embargo, he oido en alguna parte rumores relativos al asesinato del capitán Dispolsen.—Veremos.—Entre tanto estamos buscando al famoso bandido Han de Islandia, al que quisiéramos poner al frente de la rebelion de los mineros.

—Y tú, Elfega, ¿qué noticias me das de aquí? ¿Ha caido en la red la palomita de Munckholm? ¿La hija del anciano ex-ministro ha sido al fin la presa de nuestro *falco fluvis*, de nuestro hijo Federico?...

La condesa, recobrando su altivez, exclamó como antes:

—Nuestro hijo!

—Puede ser... qué edad cuenta?...

Veinticuatro años... Veintiseis hace que nos conocemos, Elfega.

—Dios lo sabe, contestó la condesa: Federico es el heredero legítimo del gran canciller.

—Si Dios lo sabe, el diablo puede ignorarlo, añadió riendo el cinico mensajero. Por lo demás, tu Federico es un pisaverde indigno de mí, y no vale la pena de que disputemos por tan poca cosa. Lo más que sirve es para seducir á una muchacha... pero... lo ha conseguido?

—Que yo sepa, todavía no.

—Pues es menester, Elfega, que hagas papel menos pasivo en nuestros asuntos. El del conde y el mio, como ves, son muy activos. Mañana vuelvo á reunirme con tu esposo; y tú, no te limites á rezar por nuestros pecados, como la Madona que invocan los italianos cuando asesinan. Es menester tambien que el conde piense en recompensarme con más esplendidez que lo ha hecho hasta ahora. Mi suerte está unida á la vuestra, pero ya me voy cansando de ser el servidor del esposo, cuando soy el amante de la mujer, y de ser solo el ayo, el preceptor, el pedagogo, cuando soy casi el padre...

Oyóse en este momento el toque de las doce de la noche, y una de las doncellas entró á recordar á la condesa que, segun la regla de palacio, á aquella hora debian estar apagadas todas las luces. La condesa, deseosa de terminar tan desagradable conferencia, llamó á sus damas.

—Permítame su gracia la condesa, dijo Musdæmon retirándose, que conserve la esperanza de volverla á ver mañana y de ofrecer á sus plantas el homenaje de mi profundo respeto.

VIII.

Creo que tú eres el asesino: tus miradas me lo anuncian y tu porte es siniestro y feroz.
(SHAKESPEARE.)

—¿Qué me dice, dijo Ordener á Spiagudry, que ya empezaba á creer que los cadáveres alojados en este edificio eran los encargados de abrirme la puerta.

—Perdonad, señor, respondió el conserje, en cuyos oidos resonaban todavía los nombres del rey y del virey, dando por excusa que dormía profundamente.

—En ese caso los que aquí velan son los muertos, pues ellos eran sin duda los que hablaban hace un momento.

Spiagudry se turbó.

—Señor, habeis oido?...

—Sí, pero eso no importa, que no he venido aquí para ocuparme de vuestros asuntos, sino de los míos. Entremos.

Spiagudry no queria introducir al recién llegado cerca del cuerpo de Gill, pero sus últimas palabras le tranquilizaron. Además, podía él resistirse?

Dejó, pues, pasar, y cerrando la puerta, le dijo:

—Benigno Spiagudry está á vuestra disposicion en todo lo que concierna á las ciencias humanas. Sin embargo, si, como vuestra visita nocturna parece indicar, creéis hablar á un hechicero, os equivocais; *ne fiaman credas*; soy un sábio y nada más. Entremos, pues, en mi laboratorio.

—No, dijo Ordener; vamos á detenernos junto á estos cadáveres.

—Junto á estos cadáveres! gritó Spiagudry empezando á temblar. Señor, no podeis verlos.

—¡No puedo ver los despojos mortales que solo se depositan aquí para ser vistos!... Tengo que pedirlos detalles sobre uno de ellos, y es vuestro deber facilitármelos. Obedeced á buenas ú obedecereis á malas.

Spiagudry profesaba profundo respeto á los sables, y veía brillar uno en el costado de Ordener.

—*Nihil non arrogat armis*, murmuró, y buscando en el manajo de sus llaves, abrió la reja é introdujo al extranjero en la segunda seccion de la sala.

—Veamos el traje del capitán.

En este momento un rayo de la lámpara reflejó en la cabeza ensangrentada de Gill Stadt.

—Dios mio! exclamó Ordener; ¡qué abominable profanacion!

—Que tenga piedad de mí mi santo patrono, dijo en voz baja el conserje.

—Anciano, prosiguió diciendo Ordener con voz amenazadora, ¿tan lejos os creéis de la tumba que violais el respeto que se la debe y no creéis, desgraciado, que los vivos os puedan enseñar lo que se debe á los muertos?

—Perdon, señor, pero yo no he sido!; Si supiérais!... y al decir esto se detuvo el conserje, acordándose del hombre salvaje que le dijo: "Sé fiel y mudo.", ¿Habeis visto salir á alguno por esa tronera? preguntó con débil voz.

—Sí. Era tu cómplice?

—No; él es el culpable, el único culpable. Os lo juro por las reprobaciones infernales, por las bendiciones celestes, por ese mismo cuerpo tan indignamente profanado.—El pobre viejo se arrodilló á los piés de Ordener.

Por repugnante que fuera Spiagudry, habia, no obstante, en su desesperacion y en sus protestas tal acento de verdad, que persuadió al jóven.

—Miserable, levántate, y si no has ultrajado á la muerte, no envilezcas la ancianidad.

El conserje se puso en pié. Ordener continuó:

—Quién es el culpable?

—Silencio, señor, silencio! No sabeis de quién hablais... Silencio!

Y Spiagudry se repetía interiormente: "Sé fiel y mudo."

Ordener repitió friamente:

—Quién es el culpable? Quiero saberlo.

—En nombre del cielo, señor, no hablais así; callaos por miedo de...

—El miedo no me hará callar y te hará hablar á tí.

—Dispensadme, no puedo.

—Puedes porque yo quiero. Es preciso que me nombres al profanador.

Procurando Spiagudry salirse de la cuestion, contestó:

—Pues bien, el profanador de ese cadáver es el asesino de ese capitán.

—¿Ese oficial ha muerto, pues, asesinado? preguntó Ordener, al que esta transicion le recordó el objeto de su venida.

—Seguramente.

—Y quién le asesinó?

—En nombre de la santa á la que vuestra madre invocaba al daros á luz, no os empeñeis en saberlo, no me obligueis á revelarlo.

—Si pudiera aumentarse el afán que tengo por saberlo, vos le aumentaríais ahora con el interés de la curiosa. Os mando que me pronuncieis el nombre del asesino.

—Pues bien, contestó Spiagudry; observad esas desgarraduras producidas por largas y cortantes uñas en el cuerpo de ese desgraciado, y ellas os delatarán al asesino.

Y el conserje enseñaba á Ordener largos y profundos rasguños en el cadáver, desnudo y lavado.

—Le ha cometido alguna fiera?

—No, no.

—Pues como no haya sido el diablo...

—Guardaos bien de adivinarlo. ¿No habeis oido hablar, prosiguió el conserje en voz baja, de un monstruo con rostro humano, cuyas uñas son tan largas como las de Astarot que nos ha perdido, ó como las del Anteristo que nos perderá?

—Hablad más claro.

—Ay de aquel!... dice el Apocalipsis...
—Lo que yo quiero saber es el nombre del asesino.

—Su nombre!... ¡Señor, tened piedad de mí, tened piedad de vos!

—La segunda de estas súplicas destruiría la primera, aun cuando motivos graves no me obligasen á saber ese nombre. No abuses por más tiempo...

—Pues bien, ya que lo exigís, dijo Spiagudry, estirándose y en alta voz, ese asesino, ese profanador, es Han de Islandia.

No era desconocido á Ordener ese nombre terrible.

—Ha sido ese execrable bandido!... ¿Y tú de qué le conoces? ¿Qué comunes crímenes os han unido?

—Oh, noble señor! no creais en las apariencias; ¡el tronco de la encina es venenoso porque la serpiente se abrigue en él!

—Basta de palabras vanas! El perverso no puede tener más amigos que sus cómplices.

—No soy su amigo ni menos su cómplice; y si mis juramentos no os persuaden, observad que esa detestable profanacion me expone dentro de veinticuatro horas, cuando vengan á recoger el cuerpo de Gill Stadt, al suplicio de los sacrilegos, y me sumirá en la más espantosa inquietud en que un inocente se haya visto jamás.

Estas consideraciones de interés personal hicieron más impresion en Ordener que la voz suplicante del pobre conserje, á quien habian sin duda inspirado su patética, aunque inútil, resistencia al sacrilegio del monstruo. Ordener quedó un momento pensativo, durante el que Spiagudry procuraba adivinar en la expresion de su rostro si aquel silencio precedería á la calma ó á la tempestad.

Al fin el jóven dijo con severidad, pero con acento sereno:

—Decidme la verdad, anciano. ¿Habéis hallado documentos en el traje de ese oficial?

—No, señor; ninguno.

—¿Sabeis si Han de Islandia los encontró?

—Lo ignoro.

—Pero... ¿sabeis dónde se oculta Han de Islandia?

—No se esconde... vaga errante.

—Bien; pero cuáles son sus guaridas?

—Ese pagano tiene tantas guaridas como arrecifes la isla de Hiteren, como rayos la estrella de Sirio.

—De nuevo os pido, dijo Ordener,

que me habéis con claridad. Voy á daros el ejemplo, oidme. Estais ligado misteriosamente con un bandido, de quien decís no ser cómplice. Si le conocéis, debéis saber dónde se retira en la actualidad.—No me interrumpais.—Si no sois su cómplice, no os negareis á guiarme para ir á buscarlo.

Spiagudry no pudo contener un movimiento de espanto.

—¡Vos, noble señor, vos, lleno de juventud y de vida, queréis buscar y provocar á ese demonio! ¡Cuando Ingialdo, el de los cuatro brazos, combatió con el gigante Neytolmo, á lo menos contaba con cuatro brazos!...

—Pues bien; si se necesitan cuatro brazos, contestó Ordener sonriendo, ¿seréis vos el que me guíe?

—Vuestro guía!... ¿cómo podeis burlaros de un pobre viejo que ya tiene necesidad de que le guíen?...

—Escuchad y no seais vos el que se burle de mí, repuso Ordener. Si esa profanacion, de la que quiero creerlos inocente, os expone al castigo de los sacrilegos, no podeis permanecer aquí. Os es indispensable huir. Os ofrezco salvaros, con la condicion de que me habeis de conducir á la guarida del bandido. Sed mi guía y yo seré vuestro protector. Más os digo; si encuentro á Han de Islandia, aquí lo traeré muerto ó vivo. Podreis entonces probar vuestra inocencia y recuperar vuestro empleo. Entre tanto aquí teneis más escudos reales que os produce en un año vuestro destino.

Ordener, reservando el dinero para el fin, habia observado en sus argumentos la gradacion exigida por las leyes de la lógica; aquellos argumentos eran, sin embargo, bastante fuertes para hacer titubear á Spiagudry. Empezó por tomar el dinero y por decir:

—Teneis razon, noble señor. Si os sigo, me expongo algun dia á la venganza del formidable Han. Si me quedo, caigo mañana en manos del verdugo para sufrir el castigo de los sacrilegos. En los dos casos mi vida está en peligro; pero como, segun la juiciosa observacion de Semond-Sigfusson, alias el Sábio, *inter duo pericula æqualia, minus sinminens eligendum est*, yo os sigo. Seré vuestro guía; pero no olvidéis que hice todo lo que pude por apartaros de tan temerario designio.

—Pues bien, sereis mi guía, y cuento con vuestra lealtad, añadió Ordener lanzándole una expresiva mirada.

—Oh, señor! la fé de Spiagudry es tan

pura como el oro que tan generosamente acabais de darme.

—Así será, si no quereis que os pruebe que el hierro de mi sable es de tantos quilates como mi oro. ¿Dónde creéis que esté Han de Islandia?

—Como el Mediodía de Dronteimnus está lleno de tropa, que se ha enviado á consecuencia de no sé qué peticion del gran canciller, Han debe haberse dirigido hácia la gruta de Walderlong, ó hácia el lago de Smiasen. Nuestro camino debe ser por Skongen.

—Cuándo podreis seguirme?

—Hoy, cuando anochezca y esté cerrado el Spladgest, empezaré al lado de vos á desempeñar el oficio de guía, por el que privaré á los muertos de mis cuidados. Buscaremos un medio de ocultar durante todo el dia á los ojos del pueblo la mutilacion del minero.

—Dónde os encontraré esta noche?

—En la plaza Mayor de Drontheim, si os acomoda, junto á la estatua de la Justicia, que fué en otro tiempo Freya, y cuya sombra me protegerá en pago del precioso diablo que hice esculpir bajo sus piés.

Spiagudry hubiera repetido verbalmente á Ordener los considerandos de su memorial al gobernador, si aquel no le hubiera interrumpido, diciéndole:

—Basta; trato hecho.

—Trato hecho, contestó el conserje.

Acababa de pronunciar esas palabras, cuando resonó una especie de gruñido encima de ellos. El conserje se estremeció y dijo:

—¿Qué es eso?

—¿No hay aquí, preguntó Ordener igualmente sorprendido, más habitante vivo que vos?

—Ah, sí... mi ayudante Oglypiglap, contestó Spiagudry, recordándolo; él es, sin duda, que duerme estruendosamente, y un lapón durmiendo, como dice el obispo Arngrim, hace tanto ruido como una mujer despierta.

Hablando así llegaron á la puerta del Spladgest. Spiagudry la abrió con suavidad.

—Adios, noble señor, dijo á Ordener, y el cielo os colme de ventura. Hasta la noche. Si pasais casualmente por delante de la cruz de San Hospicio, dignaos rezar por vuestro miserable servidor Benigno Spiagudry.

Dicho esto, cerró apresuradamente la puerta, ya por temor de ser visto, ya por preservar á la lámpara de las primeras brisas de la mañana. Volvió junto al ca-

dáver de Gill y se ocupó en colocar la cabeza de éste de modo que no pudiera verse la mutilacion.

Muchas razones tenia el tímido conserje para aceptar la atrevida proposicion del extranjero. Los motivos de su temeraria determinacion eran los siguientes: 1.º El temor que le inspiraba Ordener presente; 2.º El miedo al verdugo; 3.º El antiguo odio que sentia hácia Han de Islandia, odio que no se atrevia á confesarse á sí mismo; ¡tanto le comprimía el terror!; 4.º El amor á las ciencias, á las que su viaje podia ser útil; 5.º La confianza en su natural travesura para sustraerse á las miradas de Han; 6.º El atractivo que para él tenia el metal que encerraba la bolsa del jóven, y del que parecia lleno el cofrecillo robado al capitán y destinado para la viuda Stadt; mensaje que ahora corria peligro de no abandonar al mensajero. La última razon, por fin, era la esperanza, bien ó mal fundada, de recuperar pronto ó tarde el empleo que iba á abandonar. Por lo demás, lo mismo le importaba que el bandido matase al viajero ó que el viajero matase al bandido, porque, ajustando sus cuentas, sacaba en consecuencia que de todos modos le resultaria un cadáver más.

Oyóse un segundo gruñido y el desgraciado conserje se estremeció otra vez.

—No, no son los ronquidos de Oglypiglap; ese ruido viene de fuera.

Y luego, despues de un momento de reflexion, se dijo:

—Soy muy necio en asustarme por tan poca cosa; es sin duda el perro del puerto, que se despierta y ladra.

Tranquilo ya, comenzó á preparar los miembros desfigurados de Gill; despues cerró todas las puertas y se fué á descansar en su lecho de las fatigas de la noche que concluía y á recobrar nuevas fuerzas para la que pronto debia comenzar.

IX.

JULIETA.
Crees que nos volveremos á ver?
ROMEO
No lo dudo, y todas nuestras aflicciones serán el asunto de nuestros más dulces coloquios en lo sucesivo.
(SHAKESPEARE.)

El fanal del castillo de Munckholm acababa de apagarse y veia ya el marinero que entraba en el golfo de Drontheim en su lugar brillar á lo lejos el casco del soldado de guardia, como una